

Una feria sin vanidades

DURANTE LA PRESENTACIÓN SIMULTÁNEA DE *INFORME contra mí mismo*, de Eliseo Alberto Diego, y *Las comidas profundas*, de Antonio José Ponte, en la Feria Internacional del Libro de Miami una joven asistente, en vez de pedir la palabra, comentar o simplemente preguntar, como dicta la circunstancia, le dedicó una canción a Diego en espontáneo homenaje de memoria y nostalgia por su vida pasada en Cuba.

Fue en esa misma sesión donde Ponte, el primer autor invitado a la Feria con residencia en la isla, respondió que él escribía para los cubanos, donde quiera que estuvieran.

A todas luces, la Feria Internacional del Libro de Miami es un cóncave sui géneris, «rompe lanzas» en más de un sentido, que se realiza en territorio de los Estados Unidos de América, desde hace dieciocho años y tiene la virtud de ser la más grande e importante en un país obsesionado por las estadísticas y otras formas de la contabilidad. Es la feria con impresionante calendario en inglés que incluye un programa paralelo en español de similar entereza, por donde ha desfilado casi todo lo que vale y brilla en el ámbito de la literatura hispanoamericana.

Ha habido ausentes, ciertamente. Unos por defunción, siendo Borges y Bioy Casares los cadáveres más exquisitos; otros por la senectud que les impide el viaje y otros trasiegos, argumentos esgrimidos por Sábato, por ejemplo, al declinar la invitación para luego aparecer en una universidad española donde fue a recibir pleitesía; y están los que, al parecer, no se sienten cómodos bajo el fulgor de otra suerte de sol cubano como son Mario Benedetti y Augusto Monterroso, por sólo mencionar a dos luminarias que siempre encuentran una excusa para no concurrir.

Miami es una ciudad imberbe que se reinventa cuando las crisis amenazan con devastarla. Las revueltas raciales y el éxodo del Mariel en los ochenta y la estancia eventual

del niño Elián González al terminar el milenio, la colocaron en el mapa internacional de noticias con minuciosidad perturbadora.

Concuerdan los analistas en considerarla laboratorio de ensayo social sobre lo que será el futuro de la nación en términos de convivencia babilónica. Paisaje para la farándula y refugio de quienes escapan de la indolencia e inestabilidad en regiones vecinas. Es la antesala de las Américas en términos empresariales y la puerta por donde se deslizan los estupefacientes que llegan del sur y se consumen en el norte.

Miami es vilipendiada, investigada y estudiada hasta el delirio. Numerosa es la bibliografía que genera cada año entre libros de fotografías, resúmenes antropológicos, ensayos, informes, curiosidades, trivialidades, novelas y poesía entre otros géneros que la diseccionan para el disfrute de los demás.

Separada de Cuba por un trozo de agua tibia y turbulenta de noventa millas, es la ciudad donde los exiliados se obstinan en recobrar el paraíso de donde huyeron o fueron expulsados desde 1959. Miami es el sitio eventual donde tan bien se está para casi un millón de cubanos.

Fue un cubano, el Dr. Eduardo J. Padrón, actual presidente del Miami-Dade Community College (sistema de enseñanza donde se imparten los dos primeros años del nivel universitario), quien en 1984 se unió a otros soñadores locales para crear la Feria del Libro. Aquella idea germinó discretamente a unos pasos de la bahía de Vizcaya, en uno de los hechos culturales que hoy prestigia a la comunidad. Es una cubana, Alina Interián, quien hoy la conduce como directora ejecutiva.

Intrépidos, sin duda, resultaron ser estos fundadores, entre los que figura también Mitchell Kaplan, dueño de las prestigiosas e íntimas librerías Books and Books, porque Miami no es una ciudad peatonal o de numeroso transporte público y resulta muy difícil, a simple vista, constatar la existencia de lectores como en otras capitales del mundo donde se atisban personas leyendo en los parques o en los metros.

Tampoco son los libros objeto de culto en muchos de sus hogares. Otros apremios más mundanos y pragmáticos ocupan el lugar que deberían tener. Sin embargo, las siempre concurridas bibliotecas públicas así como las gigantes cadenas nacionales de librerías, Borders y Barnes & Noble, junto a la noble labor de otras más diminutas y a escala humana como Editorial Universal y La Moderna Poesía, indica que la Feria del Libro era un riesgo que valía la pena correr.

Ocurre que Miami tiene el hábito de los desafíos y a pesar de su poca experiencia urbana, apenas una centuria, con ingente perseverancia, se colocan las piezas de una voluntad cultural que se teje no obstante la liviandad, el hedonismo y los desafueros que provocan las altas temperaturas y la pasión política.

La Feria Internacional del Libro de Miami, que se extiende de domingo a domingo, se inserta en esa voluntad. El primero para inaugurarla en una suerte de fiesta comunitaria donde se premian alumnos de la enseñanza elemental y secundaria en un concurso literario convocado al efecto, el segundo para

terminar sus tres últimos días cuando se vuelca a la calle en un verdadero fervor de quioscos con libros a la venta, espectáculos artísticos de toda índole, comidas para satisfacer los más alucinados paladares y las presentaciones formales de autores invitados en maratónicas sesiones que comienzan temprano en la mañana y se adentran en las primeras horas de la noche.

Entre el lunes siguiente al domingo inaugural y el viernes que anticipa la feria al aire libre, cada noche de entre semana hay una actividad que compla-ce los estrictos horarios laborales de la localidad, más afines a la cultura protestante que desembarcó en el Mayflower que a la que fundó San Agustín, la ciudad más antigua de los Estados Unidos.

Como tantas cosas que acontecen en el sur de la Florida, el programa en español de la Feria cubre, en buena medida, la producción literaria cubana que sucede extramuros. Cuando Zoé Valdés reunió a más de un millar de personas, en la más concurrida de las presentaciones de autores en español, igualada quizás en inglés por Anne Rice, quien especula con vampiros y otros hechos de sangre, se sintió complacida y emocionada de poder departir, por primera vez en su exitosa carrera literaria, con un público cuantioso y eminentemente cubano.

En las sesiones de la Feria de Miami aparecen, como por arte de magia, autores invisibles por decreto en programas académicos, diccionarios, libros de texto y medios de prensa en Cuba. Se dilucidan para la posteridad inexactitudes históricas echadas a correr por la propaganda oficial que acuñan la inexistencia de la labor editorial antes de 1959 en Cuba y después de ese año en Miami.

Se revela, por ejemplo, que Leví Marrero siguió siendo un sabio humilde y sin pretensiones al servicio de los demás; que Lydia Cabrera todavía no había ido al refugio eterno de sus venerados dioses africanos cuando fue borrada temprano del panteón cultural de la isla donde nació; que Eugenio Florit y Pura del Prado sobrevivieron el desarraigo del destierro con envidiable dignidad hasta el último suspiro; y que Enrique Labrador Ruiz continuó siendo un hombre gentil y condescendiente no obstante haber cometido un pecado de lesa revolución: «abandono» del proceso revolucionario.

En la Feria del Libro de Miami, Octavio Paz bailó al son de un grupo de mariachis miamenses luego de compartir el escenario con vates cubanos que leyeron sus poemas en honor al intelectual, quien de modo extemporáneo afrontó la desidia de otros intelectuales al llamar las dictaduras por su nombre.

La Feria celebró el treinta aniversario de la publicación de un libro maldito, *Fuera del juego*, y su autor, Heberto Padilla, recibió públicamente el homenaje que aún está pendiente en La Habana.

A la Feria de Miami se han asomado con curiosidad intelectuales de la talla de Alfredo Bryce Echenique, Jorge Edwards, Carlos Monsiváis y Gonzalo Rojas, entre otros, para testimoniar sobre sus libros y sobre la desilusión de un proyecto social como el cubano donde se quebraron muchos anhelos de juventud.

Fue en la Feria donde un locuaz Camilo José Cela, entre bromas y desplantes, se pasó de revisionista y confesó, sin pudor, que Cuba se hubiera ahorrado muchos pesares de permanecer bajo el vasallaje de la corona española.

El evento se autofinancia en una ingente labor de discretas operaciones comerciales, búsqueda de fondos, patrocinios, donativos, contribuciones y desvelos voluntarios, entre otras disposiciones e iniciativas del altruismo local y nacional, que abogan por su desarrollo y supervivencia. Viene signado por un ambiente desenfadado, sin los rigores de otras ferias donde se firman acuerdos internacionales y se decide el destino de la próxima temporada literaria y editorial. Es una feria del lector, para ver a escritores «divinos» como Stephen King unirse a otros de igual fortuna comercial en un grupo de música rock que espanta y atrae por su desatino.

Como promedio, durante los últimos años a sus sesiones concurren cerca de 250 autores invitados nacionales y de otros destinos geográficos, quienes son atendidos y «malcriados» por cerca de medio de millón de asistentes. Durante la feria al aire libre, las editoriales y librerías sobrepasan la cifra de 300 y circundan los predios del Recinto Wolfson (Miami-Dade Community College), en un aquelarre de idiomas, gustos, sabores, ritmos, premura y curiosidad, algunos signos distintivos de la dinámica Miami, en una plaza de particular universalidad por donde han desfilado, entre otros: Isabel Allende, Mario Vargas Llosa, Maya Angelou, Fernando Arrabal, Ray Bradbury, Sandra Cisneros, José Donoso, Nicanor Parra, Pablo Antonio Cuadra, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Fuentes, Oscar Hijuelos, Norman Mailer, Ángeles Mastretta, Czeslaw Milosz, Abel Posse, Alice Walker y Yevgeny Yevtushenko.